

CUENTOS POPULARES PORTUGUESES

Edición de José Viale Moutinho

Traducción del portugués
de María Tecla Portela Carreiro

 Siruela

Biblioteca de Cuentos Populares

Índice

Prólogo MARÍA TECLA PORTELA CARREIRO	13
--	----

Cuentos populares portugueses

Érase una vez... por JOSÉ VIALE MOUTINHO	25
El cuento de la araña	29
El cuento de Cara de Palo	31
El cuento del gallego y el pozo	34
El cuento de la zorra y el barquero	35
El cuento de san Pedro y la herradura	36
El cuento del Rey-escucha	36
El cuento de la ristra de mentiras	37
El cuento de la zorra y la cigüeña	38

El cuento de la gaita mágica	40
El cuento del príncipe real	41
El cuento de la <i>carochinha</i>	43
El cuento del tesoro del ciego	48
El cuento de la palabra de rey	48
El cuento de Juan Soldado	50
El cuento de la piel del oso	56
El cuento del ratón del molino y el ratón silvestre	56
El cuento del conejo blanco	57
El cuento del invitado a la fuerza	57
El cuento del posadero deshonesto	58
El cuento del jugador de palo	59
El cuento de las nueces de la viejecita	60
El cuento del cazador mentiroso	60
El cuento de la adivinanza del rey	61
El cuento de la mujer golosa	61
El cuento del zapatero pobre	63
El cuento de las adivinanzas del labrador	64
El cuento del pato y las gallinejas	65
El cuento del comilón de castañas	66
El cuento de los dos leñadores	66
El cuento de la venta de la vaca	67
El cuento del «Quien no te conozca que te compre»	67
El cuento del aprendiz de hechicero	68
El cuento de los dos mentirosos	70

El cuento del ruiseñor presumido de Monte Bueno	70
El cuento del verdadero misterio	71
El cuento de la petición a Nuestra Señora	71
El cuento del cura comilón	72
El cuento del príncipe cerdito	73
El cuento del hada sorda	73
El cuento del hombre que paseaba de noche	74
El cuento del misterio de la casa	75
El cuento del «Así lo dicen»	76
El cuento de lo que dice la gente	76
El cuento de la vieja hechizada	77
El cuento de las monas	79
El cuento del cachorro negro	80
El cuento de la rapidez	82
El cuento de la nueva orden del gobierno	82
El cuento del bobo	83
El cuento del molinero	84
El cuento del sabor de los sabores	85
El cuento del cerdo robado	86
El cuento del fraile bernardo	87
El cuento del marido noctívago	88
El cuento de la herencia paterna	89
El cuento de la madrastra	91
El cuento de la mucha locura	92
El cuento de la reina envidiosa	94

El cuento de la Torre de Babilonia	97
El cuento de la vieja y los lobos	99
El cuento de la mujer cobra	100
El cuento de la vieja «más que lista»	101
El cuento de los <i>feijões fradinhos</i>	102
El cuento de las hermanas tartamudas	103
El cuento de los casados	103
El cuento de fray Juan Sin-Cuidados	104
El cuento de Juan Grillo	105
El cuento del caldo de piedra	108
El cuento de la mantita de seda	109
El cuento del que se hizo el muerto	109
El cuento del grano de maíz	110
El cuento del guardador de puercos	112
El cuento de lo más claro del mundo	113
El cuento de Manuel Vaz	114
El cuento del pájaro Chica-América	118
El cuento del rey y el conde	119
El cuento del zurrón	120
El cuento de los gibosos	122
El cuento de los diez enanitos de la Tía Verde Agua	122
El cuento de los dos compadres	123
El cuento de los frailes predicadores	126
El cuento de los tres perros	127
El cuento del cuerno olvidado	130

El cuento de una mujer seria	131
El cuento de los ojos y los hocicos	136
El cuento de la mujer y los tres frailes	138
El cuento de la vieja asomada a la ventana	139
El cuento del hombre lobo	140
El cuento de la viuda del que se hizo el muerto	141
El cuento de los amores reñidos	142
El cuento del siempre no	144
El cuento de la mujer que quería cegar a su marido	145
El cuento de los siete mimbres	146
El cuento de las manchas de la luna	147
El cuento de los higos del avaro	147
El cuento de los huevos y las castañas	148
El cuento de don Cayo	149
El cuento del canto del cuco	150
El cuento de la casa de Gonzalo	151
El cuento del cantero de hornos	151
El cuento del príncipe con orejas de burro	152
El cuento de las tres manzanitas de oro	153
El cuento de la raposa y la cotorra	154
El cuento de la mujer que estaba harta	155
El cuento de una apuesta	156
El cuento del tío Norteiro y del saco de oro	157
El cuento del hombre de la espada de veinte quintales	158
El cuento del que comía dos	163

El cuento de la pobre generosa	164
El cuento de las tres cidras	165
El cuento de la estaca mágica	166
El cuento de lo cierto y de lo incierto	167
El cuento de la calabaza y la bellota	168
El cuento del compadre Diablo	168
El cuento del gigante	169
El cuento del rey de los maestros	171

Prólogo

Esto que os cuento...

Los cuentos populares son, por antonomasia, los de tradición oral, los que corren de boca en boca y de generación en generación, desde tiempo inmemorial... o sea, «años sin cuento».

Su expresión, por lo tanto, y como no podía dejar de ser, es la expresión del pueblo: sus términos, sus giros, sus decires, sus locuciones, tópicos o lugares comunes... que —obviamente— se va adaptando a la época y al lugar. Quiero pensar que recopilar y fijar los cuentos populares, poniéndolos «negro sobre blanco» y dándoles una forma estática e inamovible es necesario —cruelmente necesario—, pero no deja de ser un auténtico atentado a su verdadera esencia, que es la de seguir circulando y adaptándose al habla y a las vivencias del que los cuenta, que es hijo de su cultura tradicional pero está adoptado por su tiempo y circunstancias.

Estos cuentos son cuentos populares portugueses. Uno nacía y moría en Portugal oyendo contar estas historias de reyes y príncipes, labradores, correccaminos, frailes, animales y objetos con voz, viejas perversas y niñas buenas, hechizos, encantamientos, supersticiones y almas en pena, de la Chica-Amorica y sus hijos varios o del valiente João Soldado... Aunque no es raro encontrarnos las mismas historias no solo en países de lengua romance sino también en la tradición anglosajona, en países del Este y —quizá ahí se encuentre uno de sus puntos clave, o eso nos dicen— en la tradición oriental. Muchos de ellos —no es raro— tienen raíces comunes y se van repitiendo en diferentes países con similares personajes o —más todavía— con un contenido similar o moraleja. Un ejemplo entre tantos puede ser «El sabor de los sabores», que se llama en Rumanía *Sarea-n bucate* («La sal en la comida»), con idéntico trasfondo.

Estos cuentos están, pues, cuajados en la riquísima expresividad popular de su lengua, y en ello no poco tienen que ver los muchos saberes de su —en este caso— recopilador, especialista en adivinanzas y conocedor, como pocos, de ese extraordinario mundo que es la cultura tradicional portuguesa, cultura, que —para suerte de todos— se mantiene viva, defendiéndose, como gato panza arriba, de los duros zarpazos de la globalización.

Resalto que, entre los portugueses —incluidos los de más alto nivel cultural—, citar al pueblo, con sus propios decires y expresiones, es tan culto y refinado como citar a un clásico. Se puede citar a Homero, a Camões y a Heidegger, para acabar con un: *e —como diz o povo— ... exactamente, «y... —como dice el pueblo—...»*, es decir, un clásico que corre por nuestras venas, que suele ser sentencia casi siempre sin recurso... Porque el pueblo tiene su propia sabiduría que, como *O Velho do Restelo* en «Os Lusíadas», es *um saber só de experiências feito*. Poco se puede añadir si así lo dice el propio Camões. Un saber hecho de experiencias, transmitidas oralmente —pero no solo— y que uno asimila e incorpora a sus conocimientos como un punto más de erudición. Entrañable, conmovedor y de una incontestable sabiduría por parte de este pueblo que, abierto a todos los mundos, nunca deja de nutrirse de sus propias raíces. La verdadera cultura, que no necesariamente coincide con la tan pretendida erudición.

¡Ah! Pero he aquí que José Viale Moutinho, que recoge los cuentos, como antaño, «al amor de la lumbre», contados por «abuelas» y «tías» —no siempre en el sentido estricto de la palabra sino en el más amplio e incluyente—, les añade la pincelada culta de la recopilación. No deja de ser un hombre de vastos conocimientos, brillante trayectoria y ya cuajada obra literaria.

Y eso es lo que presentamos en este volumen: cuentos de siempre, recopilados en un ambiente portugués, procedentes de su mundo rural y escritos por una pluma de reconocido prestigio y amplio bagaje cultural del que —y a ello volvemos— la cultura popular forma parte por su propio derecho.

Hay cuentos que se sitúan en algún pueblo o ciudad o en alguna región concreta. Pueden desarrollarse o pertenecer a la tradición oral de Coimbra, Mafra, Ponte de Lima, Porto Moniz... o, más ampliamente, a una región (Minho, Algarve, Beira Alta, Madeira...), por lo que pueden ser más locales, pero, en general, son cuentos que forman parte de eso que los sociólogos llaman «el imaginario colectivo» de Portugal como un todo y —si nos aprietan— como ya hemos visto, de la vida en cualquier rincón de nuestro mundo... «nuestro», aquí en un sentido muy concreto.

Es curioso cómo algunos de estos cuentos pasan de un casi surrealismo a una especie de realismo mágico o a algo que no sabríamos muy bien cómo encuadrar... Algunos se nos antojan largos, quizás para acompañar las noches de invierno, y engarzan episodios muy diferentes, como inco-

nexos, sin más nexo que el propio relato... Los hay que se cortan bruscamente, como dejando al atento receptor al borde de un abismo; otros se quedan en el aire, como obligando a pensar. Quizá por eso, porque, amén de entretener, muchos de ellos se dirigen precisamente a hacer pensar. Los protagonistas son tan variados como la vida misma y —también como la vida misma— están bastante lejos de los tópicos. Hay reinas buenas y reinas malas, princesas bellísimas y princesas tan feas que les da vergüenza presentarse en público; hay labradores y comerciantes honrados y sinvergüenzas; hay cantidad de hijos tontos a los que sus madres quieren casar a toda costa —eso, podemos decir, con cierta ironía, que no deja de ser un tópico—; muchachotes fuertes y criaturas enclenques, hallazgos mágicos y encuentros desastrosos... Amén de los mandatarios (reyes, ministros, generales...), hay curas, frailes, jueces (puntos de referencia locales de moralidad o, en su caso, inmoralidad) hay sastres, labradores, pastores, barqueros, panaderos, carpinteros, feriantes, gentes de la mar y, curiosamente, un gran número de zapateros. También molineros, aunque menos que en otros lugares. Y hay padres, hijos, abuelos, hermanos, cónyuges... e infinidad de compadres (por lo menos así les llaman —y se llaman entre sí—, porque cuesta creer que pueda una raposa amadrinar a un cigüeño, pero ambas, zorra y cigüeña, se tratan —tan ceremoniosa como hipócritamente— por «comadres» y con un refinamiento que roza el protocolo).

Hay historias de «cuando Dios andaba por el mundo», en las que Jesús o san Pedro son un personaje más sometido a las argucias del relato (algunas muy poco ortodoxas, dicho sea de paso), aunque estos cuentos (contrariamente a otras recopilaciones populares) no se ceban especialmente con el clero. No podían dejar de hacerlo, pero no con el encarnizamiento de otras latitudes. Dios siempre es infinitamente misericordioso —aquí también precisamente porque es infinitamente justo— y sí, los demonios, los grandes, los pequeños, con sus propios nombres, siempre quieren arrebatar almas para sus infiernos, pero, entre el pueblo portugués, difícilmente salen victoriosos. Como también los hombres lobo o las almas en pena, recurrentes en el imaginario popular, siempre rescatados por criaturas valerosas —a veces ingenuas— que suelen recibir un premio, además del premio que ya supone rescatar un alma o recobrar a un ser humano, quebrando hechizos y encantamientos.

Los animales son fantásticos y auténticamente de fábula: burros, gallinas, cigüeñas, zorras en número incontable, ratones, arañas o cucarachas... Todos tienen voz, personalidad —como lo exige el género—, imaginación y una increíble capacidad de decisión que acaba por convertirlos en puntos de referencia de todo un mundo: otra vez el imaginario... Veamos «Os Contos da Carochinha», sin ir más lejos. Pero también las cosas, lo inanimado, en fin, pertenecen al mundo de la fábula: hay sombreros, gaitas

y sillas, trípodes, vigas, puertas... de un mundo mágico y *desasombrado* —valiente, osado, intrépido, sincero...—, y que se nos antoja auténtico y veraz pese a la fabulación. Se supone, aunque sea mucho suponer, que los cuentos populares cuentan una historia con una intención moralizante. Y más suponer todavía es pensar que siempre ganan «los buenos». En no raras ocasiones nos encontramos con que, muy lejos de lo moralmente aceptable —sin anacronismos, claro—, triunfa la picardía. Y lo procaz, que induce inevitablemente a la risa...

Todos estos personajes, sentimientos y situaciones se entrecruzan en este manojo de cuentos populares, pero si hay un rasgo —virtud o defecto, dependiendo de quién mira o sufre las consecuencias— es la astucia. La astucia, la sagacidad, la listeza... se imponen incluso a la bondad, a la generosidad y a la mansedumbre. Porque hasta estas reconocidas virtudes se valen muchas veces de la sagacidad para actuar en plenitud. Por eso la zorra es animal predilecto de los cuentos populares como también lo es, con frecuencia, de las fábulas en verso.

Pero he aquí que la perspicacia con harta frecuencia utiliza el lenguaje como arma predilecta. Los retruécanos, los dobles sentidos —y las dobles interpretaciones— hacen muchas veces ganar al más hábil, sin más ardid que las palabras... Porque de la palabra, con más o menos habilidad y con más o menos suerte, se valen todos... ¿Cómo no recordar las flautas hechas de caña, con su voz acusadora e irrefutable?

Sí, en realidad, «Érase una vez...». Y viene tan a cuento que no me resisto a ello, con este manojo de deliciosos cuentos portugueses recopilados por José Viale Moutinho.

Finalmente quisiera dar las gracias desde aquí, en primer lugar, a José Viale Moutinho, atento, una vez más, y con la mayor cordialidad y simpatía, a todo tipo de preguntas y cuestiones. Con gente así se puede trabajar.

Y también a mis actuales jefes, Davi Pinto y Leonardo Wester, que aceptaron el cuento y me permitieron resguardarme del tórrido verano de Madrid.

A mis actuales compañeros de trabajo, Luis Miguel, Manoela, Tjibbe, Hildebrando, Belén y Livia, que oían todos los días mis cuentos, mis quejas, mis hallazgos y mi preocupación.

A José Damián, amigo de tiempo inmemorial, que —una y mil veces más— revisó los textos definitivos, hizo sus siempre magníficas sugerencias y suplió las inevitables lagunas. Enumerar la infinidad de agradecimientos que le debo sería —cómo no— el cuento de nunca acabar.

A todos mis amigos portugueses, pero, esta vez, muy especialmente, a Maria Francisca y Pedro Souza Cardoso, que me invitaron a su boda de cuento de hadas, precisamente en plena traducción, y a cuyos nietos espera esta tía entretener contando cuentos en un portugués que —para enton-

ces— les parecerá —aún más— arcaico. A lo mejor acaba por gustarles la Filología casi tanto como a mí.

Sin vosotros, nada de esto sería posible, porque, al fin y al cabo, como diríamos volviendo a las raíces, *Eche o conto...*

MARÍA TECLA PORTELA CARREIRO

Madrid, septiembre 2016

**Cuentos populares
portugueses**

*A Lidia Jorge,
sobre las voces de nuestro pueblo*

*Literatura popular es «la que circula entre el pueblo,
la que el pueblo entiende y la que le gusta».*

M. VIEGAS GUERREIRO

Érase una vez...

Así es como yo escuché que empezaban muchas de estas historias al amor de la lumbre, palabras iluminadas por las llamas. Mi abuela sabía echarle los condimentos que nos llevaban al miedo y a la ternura, a las lágrimas y al entusiasmo. Recuerdo la gran chimenea de casa de mis abuelos paternos en Almendra, en la región demarcada del Douro —el Duero en Portugal—, en donde se hace el vino de Oporto. Mi abuelo también escuchaba, pero no se le arrancaba una palabra, aunque sí bailaba en su rostro una expresión irónica, que me ayudaba a ser un oyente tan atento como crítico. En aquel tiempo, ¡qué me importaba a mí la definición enciclopédica de *cuento popular*! Lo que me gustaba era escuchar un cuento y, a las primeras de cambio, recontarlo añadiéndole «un punto» —algo— de mi cosecha, ¡a la que tenía —y todos tenemos— derecho! Y es que un cuento popular nunca está definitivamente terminado, necesita siempre alguna que otra mano de color, de imaginación, de alucinación, de lo que, en fin, se nos pase por la cabeza mientras seamos contadores... ¡y, naturalmente, oyentes!

Estos cuentos que entrego al lector —¡ya me gustaría que pudiese ser de otra forma, amigos míos!— no eran, en principio, de los que se destinaban a ser escritos, eso es cierto. Escribirlos es un forzado registro episódico. ¡Ay de quien vuelva a escribirlos «talcualmente»! ¡Caerá en el pecado de la falta de imaginación! Estos cuentos son para ser contados de boca a orejas. Hoy en día, con la falta de abuelos sabedores de carne y hueso, por lo menos estos libros ejercen de abuelitos... ¡de papel impreso! Ha desaparecido incluso la imagen de la viejecita simpática, con el pelo blanco y sus agujas de calceta. ¡Hoy, la imagen arquetípica de la abuela es otra muy distinta, y nada tiene que ver con la contadora de las historias de los príncipes-sapos o de las reinas malas, de las hechiceras, de animales que hablan o de niños

perdidos en el bosque! ¿Quién se atreve a narrar las andanzas de un hombre lobo si el centro de la estancia lo ocupa un televisor apagado? ¿O de los encantos de una mora en su palacio subterráneo si vives en el piso 14 de una gran ciudad?

El cuento popular ahora pertenece irremediabilmente al campo de la Literatura Popular. No era, para nada, literatura, porque corría oralmente, pero tiempo hubo en el que, por una cuestión de supervivencia, tuvo que tomar la senda de la escritura. El gran etnólogo portugués M. Viegas Guerreiro escribió que Literatura Popular es «la que corre entre el pueblo, la que el pueblo entiende y la que le gusta». Parece un poco distorsionado, como sugerí, que llamemos *literatura* a una expresión que es más para ser oída que para ser leída, pero aquí parece contar el principio de la usucapión... Porque los románticos, seguramente recelosos de la desaparición de estos tesoros de la cultura popular, y sin alternativa a la vista, los fijaron y publicaron en libros. Y después también los positivistas. La llamada «noche eléctrica» les dio la razón inmediata en los grandes centros de población, quizá por su alejamiento —y no solo físico— del mundo rural. Además de los cuentos, hay adivinanzas —en el cuento «À lareira», en el libro *Os Meus Amores*, de Trindade Coelho (1861-1908), encontramos una narrativa ejemplar de una velada familiar con adivinanzas—, también proverbios, romances, teatro popular —la película *Acto da Primavera*, de Manoel de Oliveira, es otro excelente ejemplo—, fórmulas supersticiosas, etc., con registros en libros antológicos para adultos y para niños, de muy buena lectura.

Sin embargo, quedan avisados los lectores para cuando se encuentren más adelante «El cuento de la *carochinha*». Quizá se sorprendan con algo que les parecerá de una modernidad, de un *nonsense*, digno de la labranza no del pueblo en sí, ni siquiera de un Grimm, ¡sino de un sospechosísimo Eugène Ionesco! Y no es un caso aislado.

Otro punto irrefutable es que los cuentos populares no se destinan específicamente a los niños, sino a todo el mundo. ¡Al igual que las tablas de clasificación por edades, los más «picantes» se contaban cuando el sueño ya vencía a los más jóvenes de los asistentes! (Y como parte integrante de esta platea, confieso desde ya que, a veces, conociendo bien a los contadores, antes de que se retirasen sin haberle dado el aire de su gracia, nosotros, los niños, fingíamos el sueño y nos amodorrábamos en el arquibanco o en almohadones, para que la lengua se les desatase en las picardías que nos parecían... ¡impropias para nuestra edad!).

En su esencia, el cuento popular se reduce a una narración corta con un fondo humano de universalidad, que se transmite de unos a otros pueblos, constituyendo este fondo lo que podríamos llamar «su esqueleto»; pero, por otro lado, se nos revela asimismo influido, en muy diversos aspectos, según

los casos, por lo que podríamos llamar «color local», que no es más que lo que se ha recogido en las diferentes variantes o versiones de cada narrativa.

Es curioso que en la literatura erudita encontremos algunas glosas interesantes de cuentos populares. El mayor derroche de este tipo en Portugal se halla seguramente en el romance *As Aventuras de João Sem Medo*, de José Gomes Ferreira (1900-1985), pero también las tenemos en Trindade Coelho, António Sérgio, Herculano, Jaime Cortesão y Papiniano Carlos, por no ir más lejos. Obviamente, y lo lamentamos, de lo contado a lo leído desaparece la mímica del contador y surgen las frías letras...

Pues eso, ¡ahí están las reinas malas que acaban castigadas, brujas y hechiceros tenebrosos, chiquillos ladinos que se enriquecen con artimañas, tontorrones que se casan con princesas, feas que se vuelven guapas, príncipes-lagartos que se convierten en esbeltos mozos, caballos, hombres lobo que son liberados del Hado, hormigas y bueyes que hablan, trucos y mentiras al servicio de muchachos listos, diablos simpáticos y demonios infernales, figuras de la Santísima Trinidad recorriendo tierras portuguesas, castigos sobrenaturales y otras andanzas del destino mágico! Con estos ingredientes, los pueblos desarrollan su imaginación y divierten a sus comunidades alimentando sus sueños... ¡y sus pesadillas!

Aunque ¡no se ilusionen con los nacionalismos de estas tradiciones! En 1859, Theodor Benfey, en un estudio sobre el Panchatantra, demostró que buena parte de los cuentos populares europeos tenían origen común en la India y en Persia, traídos por caminos que Baruch Spinoza indica como *conocidos y desconocidos*. Y ya he podido aprender que nuestro *Frei João Sem Cuidados*, como ejemplo que no se nos escape, corre en Ucrania protagonizado por un soldado que tampoco tenía cuidado alguno ¡y pasó por semejantes... cuidados!

Nada más digo ya, para no quebrar vuestro (y nuestro) encantamiento.

Y si empezamos por la apertura internacional «Érase una vez...», terminemos, pues, con la fórmula «¡Victoria! ¡Victoria! ¡Se acabó la historia!», más o menos la versión portuguesa del «Colorín, colorado, este cuento se ha acabado».

JOSÉ VIALE MOUTINHO

Porto, 31 de enero de 2016

El cuento de la araña

Érase una vez un chiquillo que no quería hacer nada. Su padre y su madre querían que aprendiese un oficio, por lo que no le quedó otro remedio y aprendió el oficio de zapatero.

Tan pronto como murió el padre, el muchacho no quiso trabajar más. Entonces su madre se enfadó mucho con él y lo echó de casa.

El chico le dijo a su madre que volvería pasado un año, muy rico, y que se casaría con la primera mujer que encontrase.

Después se llevó una caja con dos herramientas de zapatero y se marchó, seguramente en busca de fortuna.

Caminó muchas leguas entre espesuras y matorrales, hasta que vio una losa y se sentó encima, sacó un pan de la caja y empezó a comer.

Entonces, de debajo de la losa salió una gran araña y el chiquillo, en cuanto la vio, le dijo:

—Anda, ven, que vas a ser mi mujer.

La araña se metió en la caja, pero él hizo un agujero en el pan que llevaba y le dijo que se metiese dentro.

El muchacho siguió andando, andando, andando hasta que, a lo lejos, divisó una casa vieja.

Entró, puso la caja en el suelo y la araña salió y comenzó a subir por la pared. Fue hasta el techo y empezó a hacer una tela.

El chico se volvió y le dijo:

—Así me gusta: me gustan las mujeres trabajadoras.

La araña no le contestó nada.

El chico se fue a buscar trabajo a una aldea cercana. Como allí no había zapatero, les encantó y le hicieron encargos.

El muchacho, como vio que iba teniendo fortuna, se buscó una criada para servir a su señora, y se la llevó para la casa vieja, en donde estaba la araña. También llevó un hornillo y alguna loza para hacer la cena.

La criada estaba muy sorprendida y la araña le dijo que abriese una puerta que allí había y fuese al gallinero a matar una gallina, y que en un armario encontraría todo lo necesario para prepararla.

Cuando el chico regresó, vio la casa barrida y una cena con todo lo mejor.

Se volvió a la araña y le dijo:

—¡Buena elección la mía con mi mujer!

La araña empezó a tejer.

Después de un año, el muchacho ya era muy rico y no tenía que trabajar en su oficio, porque siempre le aparecía todo lo que necesitaba.

Dijo entonces que quería ir a su pueblo, que había quedado en visitar a su madre pasado ese tiempo.

Mandó aparejar dos caballos y le dijo a la criada:

—Tú vas a simular que eres mi mujer, pues voy a decirle a mi madre que estoy casado.

La criada lo aceptó, montó a caballo y fue con él.

La araña bajó del techo, fue al gallinero y no vio más que un gallo. Se montó en él y fue detrás de los dos que iban a caballo.

Cuando llegaron al matorral en el que estaba la losa, se pararon los cabalgadores y miraron al suelo.

El gallo empezó a decir:

Ki kiri kí.

¡Ki, kiri, keina!

Él es el rey.

Yo soy la reina.

Entonces se abrió la losa y surgió un magnífico palacio.

La araña se convirtió en una hermosa princesa, se casó con el chico, que se convirtió en rey y ella en reina.

Después mandó que viniese la madre del zapatero y la criada se quedó como aya.